

Las mujeres de mi padre

José Eduardo Agualusa

Traducción de Rosa Martínez-Alfaro

Notas al margen

Primera edición, septiembre de 2026

© Nota al margen, S. L., 2026

Plaza de las Salesas, 7

28004 Madrid

Título original: *As Mulheres do Meu Pai*

© del texto, José Eduardo Agualusa 2007

Published by arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany.

© de la edición, Nota al margen

© de la traducción, Rosa Martínez-Alfaro

© del diseño de cubierta y composición, Comba Studio

© de la ilustración, Daniel Moyano

© de la fotografía, archivo familiar

© de la fotografía del autor, LaraLongle, CC BY-SA 3.0 <<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0>>, via Wikimedia Commons

ISBN: 979-13-991617-8-6

Depósito legal: M-15828-2026

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Karen Boswall, con quien descubrí
a Faustino Manso y a sus mujeres.
Para Jordi Burch, que nos acompañó en el viaje.
Para Sérgio Guerra, que lo hizo posible.

Índice

I	Primer movimiento	11
II	Segundo movimiento	131
III	Tercer movimiento	193
IV	Cuarto movimiento	281

I

Primer movimiento

(allegro ma non troppo)

Me desperté suspendido en una luz oblicua. Soñaba con Laurentina. Hablaba con su padre, quien, vete a saber por qué, tenía la cara de Nelson Mandela. Era Nelson Mandela, y era su padre, y en mi sueño todo eso parecía absolutamente natural. Estaban sentados alrededor de una mesa de madera oscura, en una cocina idéntica en todo a la de mi apartamento en Lapa, en Lisboa. Soñé también con una frase. Me sucede con frecuencia. Esta es la frase:

—¿De cuántas verdades se hace una mentira?

La luz, filtrada primero por una malla muy fina clavada en la ventana y después por la mosquitera que cubría la cama, se derramaba purísima, como en un torrente incrédulo, contaminando la realidad con su propia desconfianza. Volví la cabeza y me topé con el rostro de Karen. Dormía. Karen, cuando duerme, vuelve a ser joven, como supongo que era antes de la enfermedad (de la maldición).

Estamos en Oncócuá, en un pequeño puesto médico gestionado por una organización no gubernamental alemana. Oncócuá, como tantas otras poblaciones de Angola, fue diseñada con amplias avenidas para ser en el futuro una gran ciudad. El futuro, sin embargo, se ha retrasado. Quizá no llegue nunca. Me levanté con cuidado y miré por la ventana. Una montaña enorme, en forma de cono perfecto, flotaba

en el horizonte. Dos mujeres mucubales avanzaban sin hacer ruido. La mujer más alta no debía de tener más de dieciséis años, cintura estrecha, con pulseras de colores en sus finas muñecas doradas; al verla, recordé un verso de Ruy Duarte de Carvalho: «Los senos: frágiles agujones en la planicie del pecho». Ruy Duarte escribió bonitos versos sobre los senos de las jóvenes mucubales. Lo comprendo bien. Si yo fuese poeta no tendría otro tema. La segunda mujer se cubría el cuerpo con una tela verde y amarilla. Cojeaba un poco.

—Qué guapas son, ¿verdad?

Karen estaba sentada en la cama, el cabello castaño revuelto. Le dije:

—He soñado con Laurentina...

—¿En serio? Qué bien. Los personajes empiezan a existir cuando se nos aparecen en sueños.

—En mi sueño era india. Una chica de pelo lacio, ojos grandes, piel muy oscura.

—No puede ser. Quizá medio india, no te olvides de que el padre es portugués...

—¿El padre? ¿Cuál de ellos?

—Buena pregunta. Faustino Manso era de Luanda, mulato o negro. El que la adoptó era portugués, y el biológico...

—No lo habíamos pensado...

—Tienes razón, no lo habíamos pensado. ¿Quién diablos era el verdadero padre de Laurentina?

Cierro los ojos y en el mismo instante regreso a la tarde en que murió mi madre. Mi padre me recibió en la puerta de la habitación.

—Está muy intranquila —murmuró—. Intenta calmarla.

Entré. Vi sus ojos encendidos en la penumbra:

—¡Hija! —me puso un sobre en la mano—. Me llaman. Tengo que irme. Esto es para ti, Laurentina. Perdóname...

No volvió a hablar. Más tarde apareció Mandume. Recuerdo verlo arrodillado a los pies de la cama, cogiendo la mano de mi madre. Mi padre, de pie, de espaldas a nosotros. Mi padre, o mejor dicho, el hombre que hasta esa tarde yo creía que era mi padre. Ahora está sentado frente a mí. Tiene la cara enjuta, angulosa, con los pómulos prominentes. Su cabellera es abundante, canosa, peinada hacia atrás. Debe de haber ensayado la pregunta noches enteras, en la soledad de su habitación de viudo:

—¿De cuántas verdades se hace una mentira?

Se queda callado un momento, con la mirada perdida en algún punto detrás de mí, después añade con énfasis:

—¡De muchas, Laurentina, de muchas! Una mentira, para que funcione, debe estar compuesta por muchas verdades.

Tiene los ojos brillantes, húmedos. Sonríe con tristeza.

—La nuestra era una buena mentira, una mentira compuesta por muchas verdades, y todas felices. Por ejemplo, el

amor que Doroteia sentía por ti era realmente un amor de madre. Lo sabes, ¿no?

Lo miro aturdida. Me levanto y voy hasta la ventana. Desde allí puedo ver el patio iluminado por el sol. La higuera que rescaté hace años, sacándola de un pequeño tiesto roto en un basurero y plantándola en una enorme maceta de barro, está creciendo muy bien junto a la alargada chimenea de ladrillo que divide el patio. Ha crecido mucho y muy torcida, como es propio de la naturaleza de las higueras. La buganvilla, al fondo, ya ha perdido todas las flores. Enero declina. Un mal mes para morir, incluso en Lisboa, donde hasta en invierno surgen con frecuencia, dispersos y somnolientos, como amapolas desperdigadas en un campo de trigo, dos o tres espléndidos días de verano.

A mi padre le hubiera gustado que yo hubiese sido un chico. Hasta los doce años, ignorando las protestas de mi madre, me compraba pantalones cortos y gorras, y jugaba al fútbol conmigo. Tenemos un vínculo muy fuerte. Siempre lo hemos tenido.

—Papá, ¿cómo es el tiempo en Mozambique en esta época del año?

La pregunta no le sorprende. Creo que se siente aliviado de poder cambiar de tema. Suspira.

—En enero —dice—, suele hacer mucho calor. El mar es de un verde luminoso, el agua caliente, hija, llega a los treinta y cinco grados, una sopa de esmeraldas. —Se saca una moneda del bolsillo—. ¿Te acuerdas?

Claro que me acuerdo. Cojo la moneda. Veinte reales. Está muy gastada, pero aun así puedo leer la fecha sin dificultad: «1824». Mi padre encontró la moneda en una playa de Isla de Mozambique el primer día que llegó allí, el mismo en que conoció a mi madre. Doroteia tenía quince años; Darío cuarenta y nueve. Fue el 18 de diciembre de 1973. Nací dos años después. Pienso en eso, en mi nacimiento, y una súbita rebelión se apodera de mí. Soy consciente de que mi voz se

vuelve más aguda y de que estoy a punto de llorar. No quiero llorar[†].

—¿Estoy intentando comprender cómo habéis sido capaces de ocultarme algo así durante tantos años! ¿Puedes explicármelo...?

Darío se encoge como un niño. En mi despacho, colgada en una de las paredes, hay una fotografía enmarcada de Nelson Mandela, y otra, justo al lado, de mi padre. El parecido entre ambos, a pesar de la diferencia de razas, impresiona a la gente.

—Hablé muchas veces con tu madre sobre tu nacimiento. Quería contártelo, pero Doroteia no me dejaba. Hay verdades, argumentaba ella, que mienten más que cualquier mentira. Tu madre, tu madre biológica, no quiso quedarse contigo. Era una joven de quince años, hija de uno de los hombres más ricos de Isla de Mozambique, un comerciante indio. Se enamoró de un músico angoleño que pasó por allí, procedente de Quelimane, y se quedó embarazada. Mientras tanto, el hombre se marchó. Volvió a Luanda, es todo lo que sé, y la joven enloqueció de dolor. Dejó de comer. El padre quiso matarla al descubrir que estaba embarazada, quiso echarla de casa, una locura, pero la madre se impuso. El padre esperaba que muriese en el parto. Ella y la criatura. Creía que sería lo mejor para todos.

—¿Recuerdas el nombre de ese músico?

—Sí, Lau, claro que lo recuerdo. También recuerdo el nombre de la chica, era todavía una niña, tu madre biológica: Alima. Todo el mundo conocía a ese músico. Fue una figura muy popular en aquella época...

—¿Cómo de popular?

—¡Popular, hija, como se es popular! Había grabado varios discos, *singles*, y sus canciones sonaban bastante en la radio. Era un hombre distinguido, elegante, recuerdo verlo siempre muy bien vestido. Un tipo negro, quizá mulato oscuro, vestido con un traje de lino blanco, con un pañuelo asomando

† Lloro mucho. Lloro en el cine, en las bodas, lloro al leer cualquier cosa, qué sé yo, El amor en los tiempos del cólera. Me conmueven los desastres o las alegrías amorosas de los demás, pero no recuerdo haber llorado nunca por mis propios descalabros.

en el bolsillo de la chaqueta, del lado del corazón. Ah, y lo importante: los zapatos bicolor y, en la cabeza, siempre bien erguida, un bonito sombrero Panamá...

—¿Cómo se llamaba?

—Faustino. Faustino Manso. Una figura, Faustino Manso.

Querida hija,

Te llamaré hija hasta el final.

Hay algo que tienes que saber y quiero que lo sepas por mí, porque si no lo has sabido antes fue por mi culpa, porque me faltó el valor.

No naciste de mi vientre. El mismo día en que viniste al mundo, yo perdí a una niña. En la habitación donde yo estaba, en una clínica modesta, en Isla de Mozambique, otra mujer dio a luz. El parto salió mal y ella no sobrevivió. Los padres de esa mujer me preguntaron si quería quedarme con el bebé y dije que sí. Desde el momento en que te miré, te quise como a una hija verdadera.

Eso es lo quería decirte. Perdóname por no habértelo dicho antes.

Ayuda a tu padre. Él es quien me preocupa. Darío no sabe vivir solo. Hemos tenido nuestras peleas. Creo que he sido, muchas veces, demasiado dura con él. Pero lo quiero mucho, ¿comprendes? Ha sido el único hombre de mi vida. Siempre me costó aceptar que hubiera amado a otras mujeres antes que a mí. Peor aún, que lo hubiera hecho mientras estaba conmigo. Pero los hombres son así.

Has sido lo mejor que me ha dado la vida.

Tu madre,

Doroteia

Infeliz coincidencia. No sé cómo llamarlo. Faustino Manso, mi padre, murió ayer por la tarde. Compré en el aeropuerto, al desembarcar, el *Jornal de Angola*. La noticia, breve, escueta, aparece en la página de cultura:

Ha fallecido el Colibrí Viajero, Faustino Manso, de 81 años, murió en la madrugada de ayer, en la Clínica Sagrada Esperança, en la Isla de Luanda, tras una larga enfermedad. Manso, a quien sus admiradores llamaban el Colibrí Viajero, fue un músico muy popular durante los años sesenta y setenta, no solo en Angola, sino en toda África Austral. Vivió en diversas ciudades angoleñas, también en Ciudad del Cabo, Sudáfrica y en Maputo, entonces Lourenço Marques. Regresó a Luanda, de donde era natural, en 1975, justo después de la independencia. Durante muchos años trabajó en el Instituto Nacional del Libro y del Disco. Deja viuda a la señora Anacleta Correia da Silva Manso, además de tres hijos y doce nietos.

Las páginas necrológicas son más elocuentes. Cuatro anuncios llevan el nombre de Faustino Manso. El primero está firmado por Anacleta Correia da Silva Manso. Es el más largo. La fotografía también es un poco más grande y más reciente. Dice así:

Te has ido sin un último adiós, marido mío, se ha apagado el sol en mi vida. Enmudeció tu voz magnífica: ¿quién cantará ahora para mí mientras bordo? Me has engañado, me prometiste que te quedarías conmigo hasta el final y que me darías la mano para que yo no sintiera miedo. Miedo es lo que siento ahora. Al final, has vuelto a dejarme, y el viaje es tan largo. No sé si podré perdonarte.

El segundo está firmado por los tres hijos: N'Gola, Francisca (Cuca) y João (Johnny). La fotografía muestra a Faustino Manso abrazado a una guitarra.

Querido padre, nos conocimos tarde, aunque, afortunadamente, no demasiado. Te has ido, pero nos has dejado tus canciones. Hoy cantamos contigo: «Ningún camino tiene fin lejos de tu abrazo».

El tercer y el cuarto anuncio me sorprendieron. Me senté, aturdida, sobre la maleta. Le pedí a Mandume que me comprara una botella de agua. Creo que fue entonces cuando me di cuenta del calor. Subía del suelo, húmedo y denso, se pegaba a la piel, se enredaba en el pelo y era ácido como el aliento de los viejos. Una tal Fatita de Matos, en Benguela, firma el único anuncio sin fotografía. El texto es breve, pero explícito:

No amar es un pecado. Pecado mayor es no amar hasta el final del amor. No me arrepiento de nada, Tino, colibrí mío. Descansa en paz.

En el último anuncio, mi padre posa para la posteridad, con el vigor de sus treinta años, sentado a la mesa de un bar. Delante tiene una botella de cerveza. Se distingue la etiqueta: Cuca. Mientras escribo estas notas, yo también me bebo una. Está buena, muy ligera y fresca. Releo el texto:

Querido padre, abraza a mamá cuando la encuentres. Leopoldina esperó ese abrazo durante mucho tiempo. Dile que sus hijos, vuestros hijos, sufren de nostalgia, pero que piensan en vosotros todos los días, y que vuestro ejemplo de valor y honestidad nos guía y nos guiará siempre. Nuestra tierra se ha quedado más triste sin la alegría de tu contrabajo. ¿Quién lo tocará ahora? Tus hijos, Babaera y Smirnoff.

Los padres de Mandume se casaron en Lisboa, en 1975, ambos tenían veinte años. Marcolino estudiaba arquitectura. Manuela, enfermería. Debían de ser bastante ingenuos, todavía lo son hoy. Manuela me dijo:

—En aquella época todos éramos nacionalistas, parecía una enfermedad. Odiábamos Portugal. Queríamos terminar las carreras y regresar a la trinchera firme del socialismo en África.

Manuela me hizo escuchar música angoleña de antiguos discos de vinilo. Hay algunas canciones que hablan de la trinchera firme del socialismo en África. Tal como suena, sin el menor asomo de ironía. La burocracia portuguesa no aceptó que el primer hijo del matrimonio se llamase Mutu, en homenaje a un rey de la meseta central de Angola: Mutu-ya-Kevela. Quedó como Marcelo a efectos oficiales y Mutu para la familia y los amigos más cercanos. Mandume, el hijo mediano, se llama en realidad Mariano, y Mandela, el más pequeño, Martinho. En 1977, año en que nació Mandume, los dos hermanos de Marcolino fueron fusilados en Luanda, acusados de estar implicados en un intento de golpe de Estado. A Marcolino le afectó muchísimo. Nunca más habló de regresar. Una vez acabada la carrera encontró empleo en el estudio de un arquitecto, también natural de Angola, solicitó la nacionalidad portuguesa y se dedicó por completo al trabajo. Conocí a Mandume hace siete meses. Lo que primero me atrajo de él fueron los ojos. El brillo de sus ojos. El pelo, en pequeñas trenzas en punta, le da un aire de rebeldía

que contrasta con la dulzura de sus gestos y de su voz. Me gusta verlo caminar. En el mundo en que él se mueve no existe fricción.

—¿Como un gato?

Aline, en un susurro, con los labios húmedos, apoyada en la mesa. «Si decimos que alguien camina suavemente, la gente piensa enseguida en los gatos». No, querida Aline, Mandume no parece un gato. En la forma en que se mueven los gatos hay una especie de arrogancia, un desdén imperial por la pobre humanidad, y eso no tiene nada que ver con Mandume. Él es, al mismo tiempo, humilde y desafiante. Al menos, así es como yo lo veo. Quizá sean mis ojos. Quizá sea amor. Aline se rio, recuerdo que se echó a reír cuando le hablé de Mandume por primera vez. Tiene una risa bonita. Es mi mejor amiga.

—Y Mandume, ¿qué significa?

¿Mandume? ¡Ah, otro rey! Un jefe cuanhama que se suicidó durante una batalla, en el sur de Angola, contra el ejército alemán. A Mandume, mi Mandume, no le preocupa saber quién fue el personaje histórico al que le debe el nombre. Cuando le pregunté cómo se llamaba me dijo:

—Mariano, Mariano Maciel.

Y fue Mario, el técnico de sonido, un hombre bajo, pálido, con el pelo ralo pero largo, muy rubio, quien replicó sonriendo:

—Alias Mandume, el negro más blanco de Portugal.

Una frase desafortunada. Reaccioné con violencia:

—¿Ah sí? ¿Y se supone que eso es un cumplido?

Se suponía que era un cumplido. Hoy casi estoy de acuerdo con el pobre Mario e incluso he utilizado en alguna ocasión la misma frase contra Mandume. Hay momentos en que me siento realmente enamorada de él. En otros, sin embargo, casi lo odio. Me irrita el desprecio que muestra por África. Mandume decidió ser portugués. Está en su derecho. No obstante, no creo que para ser un buen portugués tenga que renegar de todos sus antepasados. Yo soy sin duda una buena portuguesa, pero

también me siento un poco india; al fin y al cabo, he venido a Angola en búsqueda de lo que pueda haber en mí de africano.

Mandume me ha acompañado, a regañadientes.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué vas a buscar tú en África...?

Ha venido, después de todo, a salvarme de África. Ha venido para salvarnos a los dos. Es un sol, lo sé, debo tener más paciencia con él. Además, le gusta lo que hace. Se pasa el día persiguiéndome con la cámara de vídeo. Le digo que filme esto o aquello, disimula que lo hace, pero cuando me distraigo ya me está grabando.